

do el general Howe les propuso tratar del restablecimiento de la tranquilidad. El Congreso designó á tres de sus individuos, Franklin, J. Adams y Rutlege para conferenciar con Howe en Staten-Island; pero las negociaciones no fueron largas, pues los comisionados exigían ante todo que el general inglés los reconociese como representantes de una potencia independiente. Inútil fué que Howe les hiciese las más brillantes promesas, pues ni aun quisieron escucharle. Arrojado el guante así, la jóven América no podía recogerlo ya sin retroceder cada día más para caer de nuevo en la servidumbre.

Las nuevas amenazas de Inglaterra, y los esfuerzos de sus tropas no tuvieron más efecto que demostrar á los americanos la indispensable necesidad de una confederacion más íntima entre los trece Estados unidos; y de aquí nació la constitucion del 4 de octubre de 1776, que trató de conciliar la independencia de cada uno con la seguridad general, organizó el Congreso, el poder ejecutivo, la hacienda, las levas, las negociaciones, etc. Las actas de aquella asamblea, piadosamente conservadas por el Gobierno de los Estados-Unidos, dan suficiente fe del celo infatigable que J. Adams desplegó, bien para suscitar, ó ya para apoyar aquellas grandes medidas. Y sin embargo, el enemigo amenazaba á Filadelfia, y el Congreso llamaba á todos los patriotas en su auxilio; mientras que Adams se dirigía á Dios por medio de oraciones públicas.

Bien sabido era que todos los enemigos de Inglaterra, y sobre todo Francia, aplaudían calorosamente la insurreccion americana; y esto fué una de las razones que indujeron á proclamar la independencia. «Es preciso, había dicho Adams, que nuestra conducta sea menos equívoca, y que los ciudadanos, así como los extranjeros, sepan si somos ó no una nacion. Elevándonos á la independencia acrecerán nuestras fuerzas sin aumentar los peligros, y adoptamos el único partido que en adelante pueda convenir á nuestra situacion y dignidad.» Adams terminó su discurso demostrando á sus colegas que la cuestion no era solamente de América y de Inglaterra, sino tambien de todos los demás pueblos, atentos á las alternativas de aquella lucha memorable.

No es sólo en América, y en el seno del Congreso, el cual animaba con su poderosa elocuencia, donde debemos seguir los pasos de J. Adams, sino en Europa y entre las naciones del antiguo mundo, al que trataba de asociar á

la causa de sus conciudadanos. Infatigable misionero de libertad y de venganza, le vemos sucesivamente en Francia y en Holanda, donde un partido numeroso se cansaba de ver que América no fuese más que una *chalupa remolcada por Inglaterra*. Adams había obtenido una cordial acogida entre los holandeses, y consiguió de ellos que firmaran en 1782 el tratado de alianza y de comercio que los jefes de la ciudad de Amsterdam deseaban desde 1778. Este tratado permitía remediar poco á poco el desórden de la hacienda americana, sirviendo además para completar la coalicion marítima de la Europa occidental; mientras que todas las potencias del Norte, Dinamarca, Suecia, Noruega, Prusia y Rusia, reuníanse á la voz de Catalina II para el mantenimiento de la libertad de los mares. Jamás Inglaterra había estado expuesta á semejante peligro; el cetro del Océano amenazaba escapársele; y la insurreccion de América convirtiéndose en una conflagracion universal.

Añadamos á esto que J. Adams redactó por entónces la constitucion particular del Estado de Massachussets, que es poco más ó menos la que subsiste hoy. Cautivados por su talento, sus virtudes y su abnegacion, sus compatriotas le confiaron tan gloriosa tarea; y bien podemos decir que Adams fué á la vez el libertador y el Solon de su país.

¡Qué bien recompensado de sus fatigas debió creerse Adams cuando Inglaterra, debilitada, se sometió al fin á la ley de los acontecimientos, y cuando la libertad de América se reconoció y proclamó solemnemente! Adams tuvo el honor de contribuir á este gran triunfo, y su firma figuró entre las de Franklin, J. Jay y Enrique Lawrens en el tratado que se firmó el 30 de noviembre de 1782 con los plenipotenciarios de Inglaterra. Dichoso por haber servido tan bien á su país, J. Adams hubiera deseado, así como Washington, resignar la direccion de los asuntos públicos en manos más jóvenes; pero si él no necesitaba el poder, la naciente república reclamaba sus servicios, los consejos de su experiencia y abnegacion; y forzoso fué someterse á este nuevo sacrificio.

En efecto, América era libre; pero ¿qué resultaría de esa misma libertad, tan laboriosa y noblemente conquistada, si el ejército de libertadores llegase á constituirse en una fuerza enemiga de su país; si la hacienda pública no se rehacia; si los patriotas continuaban persiguiendo á los partidarios de Inglaterra, y los realis-

tas no dejaban de atentar á la más preciosa de las independencias, la libertad de pensamiento y de conciencia? Con celosa actividad Adams se asoció á todas las medidas adoptadas por el Congreso para conjurar estos nuevos peligros. Los realistas, sobre todo, le otorgaron la facultad de pensar como él desease, con la sola condicion de no traducir sus opiniones en tramas y complots. Adams se atrajo así muchos disgustos, y hasta llegóse á calumniarle, acusándole de ser inglés; pero él les dejó decir cuanto quisieron, tranquilo con su conciencia, y confió al tiempo el cuidado de desvanecer el error de sus conciudadanos, demasiado apasionados aún para ser justos.

Aunque la paz entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos se ajustó definitivamente en 3 de setiembre de 1783, hasta mediados de 1785 no se envió á Inglaterra ningun representante de la nueva república; y las causas de esta dilacion no son difíciles de comprender. Ninguno de los dos gobiernos queria ser el primero en reanudar las relaciones. Inglaterra no podía dejar tan pronto de considerar á los americanos como súbditos rebeldes, y mortificábale el mal éxito de sus esfuerzos para someter á las colonias; mientras que América dudaba del recibimiento que se haría á su representante. Sin embargo, semejante estado de cosas no se podía prolongar más tiempo; y el 24 de febrero de 1785, el Congreso eligió á Juan Adams como representante en la corte de Saint James. La posicion de Adams fué entónces muy crítica, y para salir airoso de ella necesitaba mucho talento y buen tacto, pues debía representar á su país en la corte del que había sido ántes su soberano, el cual no dejaría de considerarle como rebelde; y era además preciso conducirse de un modo que no comprometiese á la nueva república, ni ofendiera tampoco al antiguo gobierno.

Adams se embarcó, pues, para volver á Europa: llevaba el encargo de hacer proposiciones á Inglaterra para la celebracion de un tratado de comercio análogo á los ajustados ántes con Holanda y Francia; tratábase, no sólo de las relaciones comerciales y de las tarifas, sino tambien de la libertad de los mares, y de los más grandes principios del derecho marítimo, que se debían consagrar de una manera más solemne y positiva.

Adams llegó á Inglaterra en el mes de mayo para desempeñar su delicada mision, que convenia muy bien á su sólido talento y reconoci-

da elocuencia; y en 1.º de junio fué presentado á Jorge III en el palacio de Saint James.

Después de asegurar á S. M. que era el deseo unánime de los Estados Unidos conservar las más amistosas relaciones con Inglaterra, cuya prosperidad ansiaba, lo mismo que todos sus conciudadanos, Adams entró en el verdadero asunto de su discurso, notable como todos los que pronunciaba. «Me creo el más afortunado de mis compatriotas, dijo, por haberseme conferido el honor de ser el primero que se presentara á V. M. con el carácter diplomático; y me consideraré el hombre más feliz si puedo alcanzar para mi patria vuestra real benevolencia, restableciendo la confianza y el afecto que ántes existían entre dos pueblos que, si bien separados por un Océano, y regidos por gobiernos diferentes, hablan el mismo lenguaje, profesan análoga religion, y están enlazados por los vínculos de la sangre.»

«Caballero, replicó el rey, las circunstancias de esta audiencia son tan extraordinarias, el lenguaje que usais tan propio; y vuestros sentimientos se adaptan tan exactamente á este acto, que no sólo recibo con placer la seguridad de las amistosas exposiciones de los Estados Unidos, sino que me es muy grato que la eleccion haya recaído en vos al nombrar representante de ese pueblo. Deseo que se entienda en América que en la última lucha no he hecho más sino lo que en mi concepto debía hacer en cumplimiento de los deberes que mi pueblo me imponía. Para hablaros con franqueza, os diré que fué el último en consentir en la separacion, pero desde que esto se hizo inevitable, siempre dije, como digo ahora, que sería el primero en reanudar amistosas relaciones con los Estados Unidos como potencia independiente. Y desde el instante en que expresais tales sentimientos, asegurándome que mi país merecerá la preferencia de parte del vuestro, complázcome en que las circunstancias del idioma, de la religion y de la sangre tengan su efecto natural.»

Con esto terminó la entrevista, en la cual pareció reinar la mejor inteligencia; y Adams recordó después que tanto el rey como él se sintieron muy afectados.

A pesar de todo, las animosidades profundas no se extinguen tan fácilmente, y por eso las respectivas situaciones de Inglaterra y de los Estados Unidos no eran aún tales que se pudiera esperar desde luégo una cordial inteligencia.

Los ministros ingleses, aunque dispensaron



buena acogida á Adams, no quisieron aceptar ninguna de sus proposiciones, pues costábales mucho ceder de las tiránicas exigencias que Inglaterra tenia respecto al dominio de los mares. No atreviéndose, sin embargo, á manifestar públicamente sus pretensiones, eludieron las instancias de Juan Adams, objetando la imposibilidad de firmar un tratado general con trece Estados tan independientes como los que constituían la república americana.

En cuanto al rey, despues de su primera entrevista con Adams, manifestó mucha frialdad á sus antiguos súbditos; lo mismo hicieron los cortesanos y los ministros, y la mayoría del pueblo inglés no ocultó en ninguna ocasion cuánto le disgustaba todo lo que era americano. A decir verdad, apénas podía ménos de suceder esto, pues al fin los hombres no son ángeles, y seguramente cualquiera nacion en el caso de Inglaterra habria hecho lo mismo.

Apénas Adams se habia consolado un poco del mal éxito de esta negociacion, obteniendo de Prusia (10 junio 1785), las ventajas que Inglaterra rehusó, presentósele una ocasion de prestar á su patria servicios más importantes. Una experiencia de diez años le habia dado á conocer todos los defectos de la primera constitucion americana; era cuestion de rehacerla, y apénas bastaban todas las luces del país para llevar á cabo tan difícil obra.

Por eso Juan Adams no habia esperado aquel momento para pronunciarse contra la mala organizacion de su país; y aunque residente aún en Europa, no dejaba de escribir continuamente á sus amigos de América, demostrando la indispensable necesidad de reconstruir los fundamentos de la república. Aquellas sábias cartas, llegaron á tomar bien pronto la forma de un libro titulado: *Defensa de la constitucion de los Estados Unidos de América*, ó sea necesidad de establecer el equilibrio en los poderes de un gobierno libre. De este libro se publicó una segunda edicion en 1794, con el título de *Historia de las principales repúblicas del Mundo*.

En sus cartas, Adams pedia el establecimiento de dos Cámaras, entre las cuales se dividiría el poder legislativo y junto á ellas un poder ejecutivo que tambien tomara parte en la confeccion de las leyes. Así se obtendría, segun Adams, el equilibrio necesario á todo país libre; y á los que no quisieran creerlo, recordábales por una parte la autoridad de Ciceron, de Aristóteles, de Platon, de Sydney y de Montesquieu, partidarios todos de aquel feliz equi-

librio; tambien citaba los ejemplos, más persuasivos aún, de todas las repúblicas que han prosperado hasta nuestros días.

Difícil seria expresar hasta qué punto influyó la aparicion de este libro en las resoluciones que siguieron, y en los destinos lejanos de la nueva república. ¿Qué debia suceder cuando Juan Adams volvió á su país, y cuando él mismo discutió sus doctrinas en el seno del célebre Congreso que se abrió el 2 de mayo de 1787 en Filadelfia, bajo la presidencia de Washington? No exageramos al afirmar que la obra de Juan Adams fué la base de las deliberaciones y el programa de la nueva constitucion.

Sin embargo, faltó mucho para que todos los americanos quedaran contentos, pues la nueva constitucion heria muchos intereses é ideas; y hasta se pudo creer un momento que no resistiria á la violencia de las maldiciones que suscitó. Inútil parece decir que Adams fué tambien blanco de las iras de algunos; acusósele de haber seducido á todo el consejo, de inclinarse en favor de la aristocracia, si no de la misma monarquía; y el lujo que ostentaba en todas partes parecia suficiente prueba de tan detestables inclinaciones. De aquí nacieron dos partidos que debian dividir largo tiempo á la América, el de los republicanos ó demócratas, cuyo jefe era Jefferson; y el de los whigs ó federales, bajo la inspiracion de Washington y de Juan Adams.

Todos aquellos clamores no pudieron triunfar de la verdad y del buen sentido público: de trece Estados, once aceptaron la constitucion; y cuando se trató de elegir el primer presidente de la república, Washington fué quien obtuvo todos los sufragios; mientras que en Adams recayó el cargo de vice-presidente, asociándose así en un triunfo comun aquellos dos grandes ciudadanos, como se habian asociado ántes en sus trabajos y sus luchas. Inútiles fueron los esfuerzos de Jefferson para disputar este honor á su rival, que tomó posesion de su cargo en el año 1789.

En esta ocasion, como siempre, Adams se mostró digno, y tuvo tanta mejor oportunidad de distinguirse, cuanto que Washington desconfiaba de sus propias luces para el importante cargo que se le conferia. Adams le tranquilizó, ayudóle con todas sus fuerzas, y una buena parte de las importantes medidas que tuvieron por objeto organizar la hacienda, la marina, la instruccion pública y el Banco nacional, debiéronse á aquel ilustre ciudadano. Washington

y Adams se completaban uno con otro; eran los dos genios de la guerra y de la paz, velando incesantemente por los destinos de su patria, sin más rivalidad que la de la abnegacion, sin más ambicion que la de labrar la felicidad pública.

Por entónces fué cuando la revolucion francesa sometió el valor de J. Adams á muy crueles pruebas. Apasionado por la libertad, no podia ménos de aplaudir aquella gloriosa regeneracion de un país amigo; y admirábala, en efecto, como Washington y como todos los americanos, pero esto no era suficiente razon para unir la causa de los Estados- Unidos con la de Francia, empuñar de nuevo las armas y exponerse otra vez á todos los males de que se acababa de salir. Ni Washington ni Adams pensaron en ello, y ahogando las secretas simpatías de sus corazones, rechazaron así las súplicas como las amenazas de la Convencion, dejando libre curso á las imprecaciones de sus adversarios políticos y encerrándose en la más estricta neutralidad. ¿Quién podria decir hoy que esa política no fué la más sábia y patriótica, ya que no la más heroica y republicana? Tal vez se necesitaba más verdadero valor para resistir al impulso general que para ceder, á riesgo de perderlo todo.

Como quiera que sea, poco faltó para que Adams expiase muy pronto las inclinaciones impopulares que se le atribuian respecto á Inglaterra y la aristocracia. Cuando Washington fué reelegido, los republicanos hicieron todo lo posible para que M. Clinton obtuviese la vicepresidencia, y Adams no la alcanzó sino por algunos votos (4 marzo 1793).

No era Adams hombre para inquietarse por tan poca cosa. Incapaz de sacrificar sus convicciones á los intereses de su ambicion, no perseveró ménos en la política que siempre habia sostenido. Las quejas y las intrigas del gobierno francés agriaron de día en día las relaciones de ambos países, y mientras que Inglaterra se mostraba complaciente, pudo preverse por otra parte un rompimiento entre Francia y la jóven república de América.

Bien fuese porque la opinion habia cambiado ó porque se agradeciera á J. Adams su infatigable desinterés, no tuvo motivos de arrepentirse de no haber hecho sacrificio alguno á la popularidad, pues Washington se retiró en 1797, y mientras que este grande hombre iba á descansar de sus trabajos en Mont-Vernon, Adams tuvo el honor de ser elegido para sustituirle como jefe de la república americana. Ciertamente

no obtuvo sin alguna dificultad tan merecido cargo: las elecciones que tuvieron lugar para el nombramiento del presidente que debia sustituir á Washington, preocuparon mucho á los hombres más notables de la jóven república, porque iban á entrar en juego dos grandes principios. Tratábase de una lucha entre los federales y los demócratas, entre los partidos inglés y francés, entre aquellos que deseaban ante todo mantener un sólido gobierno central y aquellos para quienes nada era tan caro como los derechos de los Estados individuales y la limitacion de la autoridad. Por una parte presentábase Juan Adams, y por la otra Tomás Jefferson: estos dos eminentes políticos podian considerarse como los jefes de dos distintos partidos que influyeron poderosamente en los futuros acontecimientos y en la historia de América. Sus diferencias condujeron á una separacion personal en la mitad de su carrera; pero dos hombres que tan enérgicamente habian preparado el camino para la revolucion americana, tomando parte en la declaracion de la Independencia, no debian mantenerse siempre en error respecto á sus ideas. A decir verdad, no habia razon para que no se hubiesen respetado mutuamente, habiendo contribuido los dos á levantar el gran edificio político; ambos eran republicanos, ambos consideraban á América como el gran ejemplo de los pueblos libres que debia regenerar los antiguos Estados del mundo; pero los principios de Jefferson tenian cierto carácter francés, mientras que los de Adams conservaban algo de su origen inglés.

Las elecciones fueron muy empeñadas. Adams obtuvo setenta y un votos, uno más de los que se requerian, y Jefferson tres ménos, por lo cual fué elegido vice-presidente. Aunque Adams triunfase, lo cual se debió sólo á varios votos inesperados del Sur, las elecciones demostraron cuán fuerte era el partido opuesto á las opiniones de los federales. Adams se dió á sí mismo el título de presidente de los tres votos, y aunque comprendiese que su posicion no tenia nada de segura, ó era cuando ménos sumamente difícil, resolvió no cejar ni un paso en la defensa de sus opiniones; y así lo hizo, con ese valor y serenidad que parecian duplicarse en los mayores conflictos. Seguramente se necesitaba intrepidez para contrarestar los ataques de Francia y las tramas secretas de Inglaterra, haciendo frente á los amigos traidores de su propio país, que no perdian ninguna ocasion de hacerle la